

PASCUAL VENEGAS FILARDO
DE UNA VENEZUELA TRADICIONAL
A UNA VENEZUELA INTEGRAL

Discurso de incorporación como Individuo de Número de la
Academia de Ciencias Políticas y Sociales

CONTESTACION DEL ACADEMICO
DOCTOR EFRAIN SCHACHT ARISTEGUIETA

Señor Presidente de la Academia de Ciencias Políticas y
Sociales;

Señores Presidentes y directores y otras corporaciones
académicas;

Señores académicos;

Señoras y señores:

Los años han transcurrido, y sólo es ahora cuando vengo a agradecer el altísimo honor que se me dispensó, al elegirme como Individuo de Número de esta Docta Corporación. Vengo ante ustedes a rendir cuenta de mi ausencia prolongada, pero al mismo tiempo, traigo una promesa cual es la de servir con fervor verdadero al Cuerpo cuyas responsabilidades científicas y académicas han deseado quienes me han elegido, las comparta con ellos.

Al ascender a esta tribuna, mi primer recuerdo quiere remontarse a mis años de estudiante universitario, y con ello, evocar a algunos de mis maestros, que fueron hasta un ayer cercano, o lo son hoy, figuras que honran la patria y

dieron o dan cada día testimonio de su fe y de su hacer en el campo de las ciencias políticas, de las ciencias jurídicas y de las ciencias sociales. Pero de manera especial entre ellos, quiero recordar a uno de mis maestros más queridos, por cuya iniciativa, bondad y condescendencia, me encuentro hoy ante ustedes. Me refiero al profesor doctor José Manuel Hernández Ron. Así como se me han hecho imborrables sus lecciones en el aula, y sobre todo, las de Derecho Administrativo, también conservo en la memoria con rasgos indelebiles la mañana dominical que ya se hacía mediodía, cuando con la llanería de su palabra me preguntó si aceptaría fuese propuesto como Individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. —Varios compañeros hemos hablado acerca de eso, y todos están de acuerdo, añadió. Me habló elogiosamente de algunas modestas notas más acerca de la economía y geoeconomía del país, aparecidas en diversos órganos periodísticos, realizadas sin alarde alguno, y como simples acotaciones a la cátedra universitaria. De todo ello viene la resultante de que me encuentre hoy ante ustedes, para ser así el más insignificante de los miembros de esta Corporación. Les pido simples disculpas por esta emotiva e imprescindible evocación, pero debía hacerla, porque así me lo dictaban la gratitud y el corazón.

Por más de un cuarto de siglo ha estado vacío el Sillón número 15 de esta Academia, justamente desde 1941, cuando se borraron las luces de la palabra de mi ilustre antecesor, doctor Juan de Dios Méndez y Mendoza, jurisconsulto y escritor de prestigio, político y parlamentario, historiador y letrado, académico y legislador. El doctor Méndez y Mendoza murió casi nonagenario, y se contó entre los fundadores de esta Corporación. Brilló en la tribuna y su capacidad de hombre de pensamiento y de leyes, le llevaron un día a la presencia del Congreso Nacional. Era amante de las tradiciones culturales de nuestro país, y de allí, que su obra escrita más notable, sea una historia de la Universidad Central de Venezuela. Estaba consciente él de que ese centro de estudios al cual dió su definitivo estatuto legal Simón Bolívar y cuya andanza inicial forjaron hombres como José

María Vargas y Juan Manuel Cagigal, sería en buena parte el crisol de la nacionalidad y la dadora a la patria de algunos de los mejores espíritus que habrían y habrán de conducirla a su destino mejor. En Juan de Dios Méndez y Mendoza, como en su hermano Eugenio, radicaba la estirpe del hombre de pensamiento, y ello, estuvo presente en sus actuaciones desde el sillón académico que por uno de esos curiosos y afortunados azares de la vida, me corresponderá ahora ocupar, y que aún cuando opacamente, trataré de continuar desde él, la trayectoria emprendida y que sólo pudo detener su muerte.

Dos hombres ilustres fueron electos en los años posteriores, para ocupar este sillón. Primero fue el doctor Gustavo Herrera, y muerto él, el doctor Carlos Siso. Ninguno de ellos se recibió. Hecho lastimoso sin duda, porque sabemos de la claridad de pensamiento y de los acrisolados conocimientos científicos que residieron en ambos.

El doctor Gustavo Herrera no sólo fue un notable jurista; fue, además, uno de los hombres más versados en los problemas venezolanos de toda índole con que contó nuestro país en las últimas décadas. Como Ministro del Despacho, se reveló siempre como hombre compenetrado de la realidad nacional y de las fórmulas adecuadas para llegar a una solución de todo lo que entrañara problemas o dificultades para la vida del país. Fue un experto en Derecho Económico y en Derecho Internacional. Como Ministro de Educación, demostró la comprensión indispensable ante los graves problemas que radicaban en un país como el nuestro, que apenas salía de una sórdida dictadura y de una historia secular de ambiciones caudillistas, donde la mejor ganancia no la ha obtenido precisamente la instrucción pública. Gustavo Herrera, durante el proceso democrático, de reconstrucción y de recuperación nacional que siguió a los años de transición 1936-1937, fue hombre de consulta oficial cuando hubo que tomar decisiones trascendentales en el campo legal, económico o en actividades afines.

El doctor Gustavo Herrera murió sin recibirse. Seguramente que su ingente actividad al servicio del Estado como hombre de excepcional capacidad, fue factor que le impidió acudir al recinto académico, y para sucederle, fue electo el doctor Carlos Siso. De singulares dotes intelectuales estaba adornado él. Jurista, historiador, sociólogo, alternó los servicios a la administración pública, con el arte de escribir. La historia de la patria, fue una de sus pasiones. Ahondó y maduró el conocimiento del pretérito venezolano a través de preocupadas lecturas. Nos dejó en el campo de la historiografía nacional algunas monografías que aportan claridad para el mejor conocimiento de nuestra gesta heroica. Escribía con diafanidad y donosura. Lo hacía para transmitir con eficacia su criterio frente a grandes episodios venezolanos.

Supo además desdoblarse en sociólogo, y en este difícil y controvertido campo de la ciencia, se detuvo ante el proceso genésico de la nacionalidad venezolana, para darnos una de las obras fundamentales que se han escrito en el país en las últimas décadas, o sea, "La formación del pueblo venezolano". Apareció esta obra inicialmente en edición de un tomo, impresa en Nueva York, y posteriormente, en España, en dos volúmenes, donde mereció en 1951, el Premio de Cultura Hispánica, que concede el Instituto del mismo nombre.

Al recorrer las páginas de esta obra de Carlos Siso, emprendemos la andanza del nacer y de la consolidación de Venezuela, de la formación del complejo étnico que nos integra, hasta llegar a las estructuras del alma nacional. Hallamos en estas páginas el perfil del país en el total discurrir de su historia. No la historia anecdótica, sino la historia analítica. No se contemplan aquí descripciones de los hechos que fueron forjando la nacionalidad, sino el proceso de integración de lo venezolano desde sus raíces. A través de Carlos Siso tratamos de transponer la cortina de ese mundo ignorado que halló el Descubridor y palpó el Conquistador en lo que entonces eran tierras vírgenes

frente a la cultura europea. Mira y trata de penetrar a través del parco legado que nos presentaron los pobladores prehispánicos de Venezuela, y tras ello, va siguiendo la formación de los nuevos tipos étnicos aportados por la población autóctona, la avasallante presencia del conquistador peninsular, y la corriente africana que afluía con su desesperanza y su dolor a través del Atlántico, para ser víctima del vejamen y ser sometida a las faenas más duras.

Cuando se investiga la integridad de los pueblos americanos durante los siglos de la conquista y colonización, hay que prestar especialísima atención a los diversos instrumentos jurídicos, a los diversos organismos, a los variados procedimientos de que se valieron las metrópolis europeas para dar nacimiento a la organización administrativa, política, económica, social y cultural de sus posesiones ultramarinas. Y eso, lo hace Carlos Siso con respecto a Venezuela en su monografía sociológica. Lógicamente, hay asimismo que estudiar las génesis de las luchas que surgieron cuando ya los estados coloniales iban llegando a su madurez y entrando en plena conciencia de cuál habría de ser su destino. Todo ello, está allí tratado, analizado, ponderado, por el jurista y sociólogo, historiador y hombre de letras, que debería estar en este Sillón hasta ahora vacío, y que él, le habría dado lustre y prestancia. Pero la memoria y la obra del escritor extinto, constituyen una invitación para contemplar a Venezuela más de cerca, para pulsar su realidad reciente, para meditar en su presente y tratar de otear en su destino, en lo que para ella, traerá el porvenir.

Cuando nos colocamos frente a un mapa de Venezuela y pensamos en la patria con un fervoroso sentimiento nacionalista, sentimos una indeclinable tendencia hacia la meditación. Y podríamos preguntarnos: ¿por qué Venezuela es así? ¿Por qué somos aún un país en estado de desarrollo? Alguien podría respondernos que somos un país joven. Pero también Canadá y Estados Unidos son países jóvenes, y sin embargo, existen visibles diferencias entre

aquéllos y nosotros. Estados Unidos es la primera potencia mundial en muchos órdenes. Canadá, al menos en la faja que se extiende al oeste y al este de los Grandes Lagos y que corresponde al extremo septentrional de la zona templada norteamericana, acusa las características de un país desarrollado. Hay otros pueblos más jóvenes que Venezuela, como Australia y Nueva Zelandia cuyo nivel técnico nos supera. La condición económica y social del hombre común en Australia es uno de los más favorables del mundo. Cuando el notable escritor australiano Morris West contemplaba la miseria de la infancia en algunos barrios de Nápoles, esos mismos que tan dramáticamente ha retratado Curzio Malaparte, hizo que expresara en su libro "Los Hijos del Sol" su conmiseración por esas comunidades infantiles, recordando que era él ciudadano del único país del mundo donde nadie pasa hambre.

Y trasladando nuevamente la mirada al mapa de Venezuela, y viajando de nuestra carta geográfica hacia todos los territorios que ella nos depara en la realidad, y cuando ya allí, nos acercamos a la multitud de riquezas que la naturaleza nos ofrece, nos llegamos a preguntar por qué no hemos sabido aprovechar ese mundo maravilloso de bondad, de bienestar, que se esconde tras una tierra pródiga, tras un paisaje maravilloso, debajo de un suelo del cual manan numerosísimas vertientes que se convertirán, sumadas, en ríos caudalosos; donde las vetas metalíferas y los yacimientos de petróleo podrían haber contribuido a forjar desde años lejanos un admirable imperio económico.

Sin embargo, casi nada de lo que nos ofrecen esas estupendas posibilidades, hemos podido aprovechar, y sólo ha sido a partir de unas pocas décadas a esta parte, cuando parece que comenzamos a despertar, que comenzamos a comprender cuál es el verdadero destino que nos corresponde, cuál es el papel trascendental que nos cumple desempeñar como pueblo de avanzada, como pueblo que conoce a cabalidad su misión. Venezuela ha sido visitada en el discurrir de su historia por numerosos viajeros eu-

ropeos. Lo fue en los años postrimeros de su vida colonial, como lo ha sido sobre todo durante su vida republicana. Muchos de ellos distrajerón su atención, a veces desdoblada en embeleso, en el pasaje maravilloso, o mejor, ante los paisajes deslumbradores y centelleantes que le ofrecía nuestra naturaleza tropical; algunos, lo plasmaron en obras pictóricas; la mayoría, estudió la flora, describió las costumbres. Pero varios, como Humboldt, como Codazzi, como Appun, como Ernst, como Sievers, fueron más allá. Humboldt entre ellos, presintió un destino admirable para nuestro país, cuando admiró el poderoso fluir de los ríos guyaneses y llaneros, la exuberancia de nuestra flora selvática, la ilimitada extensión de nuestras tierras llanas. Uno de esos sabios europeos, Wilhelm Sievers, fue el primero que determinó las provincias fisiográficas de Venezuela; otro, Henry Pittier, quien se sembró aquí como en su nueva patria y quien prolongó la obra de Adolfo Ernst, estudió a fondo las posibilidades que ofrece nuestra flora, las relaciones entre el clima y la vegetación, y enmarcó variados aspectos de las perspectivas económicas que ofrece la naturaleza venezolana. Sabios como ellos, nos han dado un perfil de la patria que se nos aparece como prometedor, pero ¿qué hemos hecho ante ese cuadro optimista que tan bien nos han diseñado?

No hemos llegado aún a lo más conveniente, porque nos hemos tropezado con diversos factores negativos, y entre ellos, por el hecho de que somos todavía un país con un inmenso territorio inactivo, porque existe aún esa desproporción en el poblamiento venezolano, lo cual señaló tan bién el estadístico catalán José Antonio Vandellós, cuando nos indicó a mediados de la tercera década del presente siglo, que en Venezuela, el 80% de la población estaba localizada sólo en el 20% de su territorio, o sea en lo que Arturo Uslar Pietri denominó ante su alumnado de la Universidad Central, la Unidad Costa-Montaña del Norte, o Primera Venezuela. Se trata del 20% del territorio nacional, pero todavía allí, en esa extensión, que el mismo Uslar

Pietri estima en 177.000 km.2, existen grandes espacios vacíos del elemento humano.

Desde finales del siglo XVIII hasta hoy, la tendencia del poblamiento no ha experimentado grandes variaciones. Durante el proceso de la Conquista y comienzos de la consolidación de la estructura colonial, se manifestó una especial predilección por habitar justamente las zonas que acusan aún en nuestros días una mayor densidad de población. Hubo sí en la segunda mitad del siglo XVIII cierta atracción hacia la zona de piedemonte al norte de los Llanos, y una faja inmediata de ese sector, o sea el extremo septentrional del Alto Llano. Mas, posteriormente, la conjugación de una serie de factores negativos que se inician con la guerra de Independencia, que prolongan las guerras civiles y agudizan las endemias y las epidemias, a lo cual se suman otros factores negativos como el aislamiento en la estación lluviosa, detuvo el poblamiento del norte de los Llanos y se le vió decrecer, acentuándose las migraciones hacia las tierras altas. Se arruinó ostensiblemente la economía llanera y redujo a mínima expresión, a muchas localidades y borró a otras del mapa.

Todo esto, sin duda, ha hecho persistir el visible desnivel que existe en la distribución de la población en Venezuela y la situación marginal en que se han mantenido numerosas zonas privilegiadas por sus riquezas naturales, pero hasta donde el hombre y la técnica no han llegado a instalarse. Cuando una riqueza surge inesperadamente, podría el hombre acudir hasta allí, como sucedió con el descubrimiento de las minas de oro de El Callao, con la explotación del caucho selvático en el Territorio Amazonas, o no hace tanto, con los placeres de Icabarú, pero fueron riquezas aleatorias: pronto se advirtió el bajo rendimiento del cuarzo aurífero de Bolívar, el imperio británico implantó en el sudeste de Asia el caucho de plantación que sustituyó a la salvaje explotación del caucho selvático de la América Ecuatorial, y sólo fueron espejismos los hallazgos de mineros del extremo meridional de la Gran Sabana.

Así, se detuvieron las migraciones externas e internas hacia los yacimientos de oro o diamantíferos de Bolívars, y las localidades que comenzaban a prosperar a orillas del Orinoco y del río Negro, retrocedieron a su anterior insignificancia.

Venezuela, antes de firmar tratados de límites infelices con los países vecinos, sobre todo con Colombia y Gran Bretaña, alcanzaba una superficie aproximada de 1.500.000 km². Nicolás Veliz Goiticoa en su libro "Venezuela 1904", da esa extensión; los cálculos planimétricos del Instituto Geográfico de Justus Perthes daban a Venezuela una superficie de 942.300 km². El texto que estudiamos en nuestro bachillerato elevaba esa superficie a 1.020.400 km². Para aquel entonces ríos como el Venamo y el Cuyuní eran en su totalidad, venezolanos. Nuestro viejo texto de geografía escolar nos enseña que eran ríos nuestros en su curso inferior, el Guaviare, el Vichada, el Atabapo y el Inírida. De todas maneras, encogido como está nuestro país, mientras el Mar Caribe, destruye la pequeña faja peninsular que nos quedó de la Guajira, reducido apenas a un poco más de 900.000 km², uno de los problemas graves que padecemos es la escasez de población.

Es verdad que somos en la actualidad un país de dinámico crecimiento demográfico. Nuestro crecimiento vegetativo es altamente positivo. Venezuela es un país que se presta para que se hable de explosión demográfica, de expansión demográfica, de algún otro tema según el enfoque del respectivo autor. Pero en todo caso, estamos aún muy distantes para que en lo que a Venezuela se refiere, podamos hablar de superpoblación. La densidad general de población de nuestro país, es aproximadamente de diez habitantes por kilómetro cuadrado. Es algo desalentador, y además, una relación que nada indica. Así, en el caso concreto de Guayana, con sus 413.000 km² de superficie, tenía apenas un cuarto de habitante por kilómetro cuadrado según el censo de población de 1941. Hoy debe tener aproximadamente medio habitante por kilómetro cuadra-

do; pero, piénsese que esa población está localizada fundamentalmente en el área donde se explota el mineral de hierro y en las áreas de desarrollo industrial dentro o próximas a Ciudad Guayana. Y además, en las otras cabeceras de distrito del Estado Bolívar, y en Puerto Ayacucho. En todo caso, lo que interesa, como lo expresa Luis Alejandro Angulo Arvelo, es "la relación entre la población y los recursos efectivos", o como dirían los economistas alemanes modernos, la presencia del hombre economizante.

Venezuela, frente a áreas solitarias, inactivas, con riquezas naturales completamente inaprovechadas, dispone de otras áreas, superpobladas, donde se advierten ya verdaderas aglomeraciones humanas, donde se ha adoptado para alojar esa población creciente, —en gran parte proveniente de migraciones demasiado dinámicas que en momentos se han presentado como verdaderas oleadas,— a los grandes edificios para vivienda colectiva que algunos autores han denominado colmenas. Sin duda que varios factores han influido en esta realidad, pero que son comunes en los países localizados en la zona tropical. Vencer la naturaleza del Trópico, es tarea ardua. Así, la vasta región ecuatorial brasileña que corresponde a la Hilea Amazónica, está por colonizar, y lo mismo, debe decirse para los sectores de otros países sudamericanos allí localizados. En cambio, podemos advertir en el mismo caso del Brasil, cómo el sector correspondiente a los trópicos exteriores e interiores, inmediatamente al norte y al sur del Trópico de Capricornio, ha alcanzado un nivel elevado de culturización, podríamos decir de incontenible desarrollo. El primer exponente es la ciudad de Sao Paulo, no sólo ya una de las grandes metrópolis de Latinoamérica, sino una de las ciudades más populosas y de crecimiento más dinámico en el mundo. Aun cuando con otro idioma, el sur del Brasil pertenece al área cultural del extremo austral de América, donde se ha hecho patente una moderna civilización con una influencia europea, de mayores o menores efectos según las zonas que se consideren. Esas áreas del Cono Sur

que miran al Atlántico, se vieron además favorecidas por una activa corriente inmigratoria europea, más o menos contemporánea de la que se orientó hacia la zona templada de la América del Norte, sobre todo hacia los Estados Unidos, y lo cual permitió dar a esta nación una fisonomía de primera potencia en numerosos órdenes.

Ha sido justamente el factor inmigratorio uno de los más negativos que ha registrado Venezuela, lo cual unido a su baja tasa anual de crecimiento, ha influido en la escasez de nuestra población, que sólo ha logrado un crecimiento halagador, a partir de 1936. Arturo Uslar Pietri señala que en el lapso que va de 1874 a 1888, Estados Unidos recibió 5.881.000 inmigrantes, y en el mismo período, Venezuela recibió sólo 26.000. Añade que en el período 1904-1935, Estados Unidos recibió 16.878.000 inmigrantes, y en el mismo lapso Venezuela recibió sólo 29.000, o sea a razón de 910 por año. Mientras nuestro país recibía ese promedio anual, el de Estados Unidos era superior a los 500.000, el de Canadá superior a 145.000, y los de Argentina y Brasil, superiores a los 75.000. El crecimiento absoluto y la tasa anual de crecimiento para Venezuela, según los datos aportados por el doctor Chi-Yi Chen, son los siguientes

C r e c i m i e n t o

	Absoluto	Tasa Anual
1891	216.433	1,03
1920	257.953	0,38
1926	334.606	2,12
1936	550.216	1,76
1941	486.424	2,75
1950	1.184.067	3,02
1961	2.489.161	3,99
1967	1.827.603	—

En Venezuela, en la actualidad, reside un poco más de medio millón de personas no nacidas en el territorio nacional, incluyendo en esta cifra aproximada a los indocumentados colombianos, cuyo número exacto, no se conocerá

hasta tanto no se legalice su presencia en el país. Hemos hecho estas consideraciones en torno a la población venezolana, al bajo rendimiento demográfico a través de nuestra historia republicana, porque si es verdad otros factores negativos se han interpuesto en el aprovechamiento integral de nuestro territorio, en la utilización de las riquezas naturales que él encierra, hay que pensar que con una extensión mayor de los 900.000 km², poco podemos hacer con un número de habitantes que aún no llega a los diez millones. Miguel Acosta Saignes ha expresado que Venezuela, con sus recursos, puede albergar cincuenta millones de personas. Nosotros, somos más optimistas al respecto, y varias veces hemos expresado a nuestros alumnos que nuestro país, puede ser poblado por cien millones de habitantes. Japón, con 369.000 km², alberga en su territorio cien millones de personas. En Venezuela, todo el territorio es habitable. Las zonas inundables y los semidesiertos, pueden ser transformados por la técnica, así como los israelitas han convertido el desierto en campos de cultivo y los holandeses han construido un país por debajo del nivel del mar al cegar progresivamente el suelo marino del Zuiderzee.

Un cuadro ofrecido por el licenciado Marcos F. Escobar en su obra "Compilación Histórica de Temas Estadísticos", nos ofrece con bastante objetividad la lentitud de nuestro crecimiento demográfico, expresado en un cuadro que consideramos útil reproducir. Dicho cuadro, contiene las estimaciones censales y los resultados de los censos técnicos de población, iniciados estos últimos por Antonio Guzmán Blanco bajo la dirección de Andrés Aurelio Level, en 1873. Helo aquí:

Años	Fuentes	Habitantes
1787	Castro y Averroes	333.110
1800	Humboldt	780.000
1802	Depons	728.000
1807	Lavaysse	975.972
1810	Hall	825.000
1810	Restrepo	800.000

1810	Humboldt	802.120
1814	Aurrecochea	786.000
1816	J. D. Díaz	758.259
1823	Humboldt	766.100
1825	Restrepo	659.633
1835	Codazzi	706.633
1838	Cagigal	1.047.760
1839	Estimación oficial	887.168
1839	Codazzi	945.348
1844	Estimación oficial	1.218.716
1846	Estimación oficial	1.273.155
1850	Briceño	1.366.470
1850	Andrés A. Level	1.500.000
1852	Wappus	1.564.433
1857	Aranda	1.788.159
1857	Briceño	1.585.418
1873	Primer Censo	1.732.411
1881	Segundo Censo	2.005.139
1891	Tercer Censo	2.221.572
1820	Cuarto Censo	2.479.525
1926	Quinto Censo	2.814.131
1936	Sexto Censo	3.364.347
1941	Séptimo Censo	3.850.771
1950	Octavo Censo	5.034.838
1961	Noveno Censo	7.523.999

Como podrá advertirse en los cuadros que hemos reproducido, ha sido sólo a partir de 1936, y sobre todo, a partir de 1941, cuando se aprecia un crecimiento dinámico de nuestra población. Comparando los resultados de los censos de 1891 y 1920, se advertirá que el crecimiento intercensal en un lapso de veintinueve años apenas fue de 257.953 habitantes, y ha sido sólo a partir de 1950, cuando el país arroja saldos realmente positivos, lo cual permitirá el que para fines de 1968 nuestra población se acerque a los diez millones, o tal vez, los sobrepase ligeramente. Sin duda que en ello, influyó en cierta manera la inmigración procedente de España, al finalizar la guerra civil, y luego, la corriente orientada desde Europa hacia nuestro país una

vez concluida la segunda guerra mundial. A esto se sumó el flujo procedente de España y de Portugal, dos tipos de inmigrantes que, junto con el italiano, se hallan entre los que mejor se han identificado con el medio venezolano. Pero sin duda, que ha sido el crecimiento vegetativo, con una de las tasas más elevadas de América, la que mayormente ha influido en la dinamica de nuestro aumento de población. Desgraciadamente, las trabas oficiales impuestas hoy a la inmigración, han impedido que el crecimiento general sea mayor. Al finalizar la guerra civil española, hacia Venezuela habría podido canalizarse una corriente migradora más voluminosa; mas, para esos momentos, el gobierno de turno confundió al comunista con el partidario de la República, aun cuando éste fuese vasco y profundamente católico. Así, numerosos migradores, en su mayoría profesionales, técnicos y obreros calificados, tomaron rumbo a otros países hispanoamericanos que los acogieron.

Para apreciar la utilidad del migrador externo en el desarrollo de la vida nacional en las últimas dos décadas, hay que valorar la función de sus componentes en determinadas actividades de la vida social y económica, sobre todo, en lo que se relaciona con la industria de la construcción en todas sus fases, con la industria metal-mecánica y otras industrias específicas que han requerido mano de obra especializada. Queremos referirnos fielmente a un conjunto de datos aportados por el profesor Chi-Yi Chen, relacionados con el aspecto inmigratorio. Nos dice el prestigioso catedrático: "De los 541.564 inmigrantes externos censados en 1961 el 54,9% reside en el Área Metropolitana de Caracas, el 10,3% en el Zulia, el 8,6% en el Táchira; el 8,6% en Aragua y Carabobo y el resto, o sea el 17% residen dispersos en otras Entidades de la República. Estos inmigrantes juegan un papel de primer orden en la vida económica del país, porque en su mayoría son técnicos, profesionales, empresarios o trabajadores calificados; por ejemplo, en el Distrito Federal el 66,3% de los gerentes, administradores y funcionarios de categoría directiva son de origen externo; el 65,4% en Miranda; el 47,5% en Carabobo; el 39,9% en

Zulia; para el conjunto del país el porcentaje se eleva a 51,1% en 1961".

Pero, ¿dónde se han residenciado esos migradores externos? ¿Dónde ha sido realmente dinámico el crecimiento de la población? ¿Hacia dónde se orientan las migraciones internas en el territorio nacional? La casi totalidad, en zonas septentrionales, en la Unidad Costa-Montaña del Norte. En un principio, en las ciudades situadas en las pequeñas mesetas y en los valles de relativa elevación, y más tarde, en aquellas zonas del norte del país que siendo antes endémicas, han sido saneadas previa la liquidación allí de la malaria, de la anquilostomiasis, de la bilharziosis; en una palabra, luego de la erradicación de los males que azotaban la nación e impedían su crecimiento. Las ciudades llaneras situadas en el piedemonte, antes abatidas por la guerra de Independencia, por las contiendas civiles armadas, por la malaria y por el aislamiento durante la estación lluviosa sienten los efectos de una poderosa regeneración. El poblador desciende lentamente hacia el sur. La unidad urbana Acarigua-Araure, se convierte inconteniblemente en un centro de importancia. San Carlos, Guanare, Calabozo, Maturín, Barinas, han recobrado la significación que tuvieron durante el siglo XIX y la han superado. Pero el poblamiento en Venezuela tiene sus fronteras, y así, mientras vemos crecer en forma extraordinaria ciudades como Caracas, Maracaibo, Barquisimeto, Valencia y Maracay, todavía nos hallamos con localidades en el sur del país, que si algunas no decrecen en número de habitantes, tampoco, prácticamente, los ven aumentar. Y justamente, allí radica uno de nuestros problemas vitales. Es indudable que nada podremos hacer mientras seamos algo más de 900.000 km² con sólo diez millones de habitantes. Ello, con el agravante, como lo han señalado diversos autores, de que las migraciones internas se orientan hacia los centros urbanos de mayor población, creando problemas tan graves como el del Area Metropolitana de Caracas, que dentro de la América Latina, es un característico ejemplo de macrocefalia urbana.

Para dominar nuestro medio, para integrar nuestro país a la cultura, para aprovechar cabalmente las numerosas riquezas con que la naturaleza dotó nuestro suelo, es imprescindible poblar, tecnificar, expandirse, ocupar lo más completamente posible nuestro ecumene, pródigo, invitante, pero en numerosos sectores que comprenden más de la mitad del territorio nacional, aún dentro del marco de las regiones marginales. Habrá que penetrar hasta allí, que crear allí zonas de interés. Netos se han visto los resultados al transformar zonas vírgenes de las selvas de Turén en campos de cultivo que han convertido a Portuguesa en uno de los graneros de Venezuela, o como habrá de ocurrir asimismo en las zonas occidentales del delta del Orinoco y del extremo oriental de Monagas con el control de las aguas del caño Mánamo.

Uno de los mejores ejemplos de lo que se deberá hacer, lo tenemos en Ciudad Guayana, una de las localidades de crecimiento más dinámico en el mundo, ya que de 3.000 habitantes ha pasado a 130.000 en un lapso breve. Los motivos fundamentales han sido la creación en su área de una planta siderúrgica, de una gran planta hidroeléctrica con su respectiva represa, a lo cual se agrega la actividad de embarque por dos puertos fluviales, de mineral de hierro. Las migraciones internas que se movían sólo de un extremo a otro del norte del país, se orientan también ahora hacia la zona de confluencia del Caroní y el Orinoco, y muchos de los migradores externos que se quedaban en áreas y ciudades septentrionales, también han ido a Ciudad Guayana y a Ciudad Bolívar, como ya fueron al Guárico Central y a Turén, no bien allí se tecnificó la agricultura y fueron reemplazados métodos anacrónicos por sistemas modernos de cultivo. Esos migradores, también irán al Delta del Orinoco, a Upata, a Tumeremo, a Cabruta, a Puerto Ayacucho y a la Isla de Ratón, una vez que se creen allí obras que garanticen oferta de mano de obra y estabilidad económica.

Cuando examinamos la trayectoria de la vida venezolana, no sólo durante la etapa republicana, sino un poco más

allá, desde los comienzos de la etapa próspera del período colonial, cuyo punto de partida podría situarse en 1720, en vísperas de la presencia en el país de los vascos de la Compañía de Caracas, observaremos como si algo así como una inmensa muralla natural se hubiese interpuesto para la marcha hacia el sur, para la conquista y colonización de los vastos territorios que se extienden a lo ancho de los Llanos Bajos, hasta las fronteras meridionales de Venezuela. Hacia ese sur todavía por conquistar y colonizar, hubo avanzadas. Trataron de establecerlas los Jesuítas en el siglo XVIII con su labor misional al norte del hoy Territorio Amazonas. El ángulo noreste de Guayana fue próspero durante el medio siglo que precedió a la guerra de Emancipación. Allí, los capuchinos catalanes no sólo desarrollaron la ganadería y la agricultura, sino que conocieron el valor del mineral de hierro y fundaron la forja catalana. San Fernando de Apure fue ciudad de cierta importancia a fines del período colonial y numerosos rebaños bovinos y equinos pastaron en las llanuras que demoran entre los ríos Apure y Meta. Más al sur del río Apure y del Meta, más al sur del arco del Orinoco, relativamente poco fue lo que se indagó y se colonizó; apenas durante el auge cauchero selvático, como expresamos, se advirtió cierto renacimiento que pronto languideció, una vez que en otras latitudes, las especies de la selva fueron reemplazadas por los árboles de plantación. Sencillamente, tenemos a una Venezuela densamente poblada en áreas del Distrito Federal y de los Estados Centrales Miranda, Aragua y Carabobo, en Nueva Esparta, en algunos sectores de Sucre y de los Estados andinos. Pero a medida que vamos hacia el sur, descende la densidad de población hasta llegar a la sobrecogedora soledad que hallamos no sólo en Guayana, sino en dilatadas extensiones de los Llanos y del Delta, incluso en la propia cuenca del Lago de Maracaibo. Cabría aquí la expresión del doctor Miguel Parra León: "...desde el punto de vista de la posible producción agropecuaria, Venezuela está aún muy lejos de la superpoblación".

Pero sin duda que hay factores visibles que han conducido a esta realidad. Son estos variados y complejos. Esos factores son generales para todos los países, pero su influencia en cada caso, ha sido diversa. En el de Venezuela, hemos tratado de examinar los factores naturales que han influido en la actual realidad social y económica de nuestro país. Algo de eso, intentamos analizar hace algunos años, lo cual dejamos expuesto en una obrita titulada "Aspectos Geoeconómicos de Venezuela", volumen en el cual recogimos algunas experiencias de cátedra. Para aclarar el panorama de la realidad venezolana que hemos venido mostrando, tendríamos necesidad de examinar algunos de esos factores, entre los cuales clima, relieve y localización, son fundamentales. El profesor Rudolph Lütgens, de la Universidad de Hamburgo, afirma que "La repartición de la tierra y agua, la situación de los espacios de la tierra, en general y unos respectos de otros, su extensión y distribución en sentido horizontal y vertical, sus transformaciones paulatinas o los cambios bruscos, son de gran importancia para la lucha económica por la existencia y el progreso. El suelo es la base sobre la cual vive y se alimenta. Por ello, por su constitución y formación, es uno de los factores que más influye sobre la economía humana". En otro sitio añade: "El clima influye inmediatamente en la producción económica, en el comercio, en el tráfico, en las necesidades de consumo...." Y añade con respecto al clima: "Es el factor natural más importante, a menudo decisivo para la vida económica, y por ello para la existencia del hombre". Tratemos de resumir la influencia de esos factores y de otros afines, en la determinación del actual poblamiento de Venezuela.

El clima, con todos los elementos que lo integran, pero por sobre todo la temperatura y las precipitaciones, ha influido considerablemente en el poblamiento de Venezuela. Al referirnos al clima y a dos de sus elementos fundamentales, hemos de concretarnos sólo al norte del país, a lo que ha definido Arturo Uslar Pietri como la Unidad Costa-Montaña del Norte, o Primera Venezuela, la región que Ale-

jandro de Humboldt precisó como aquélla donde se desarrollaba "la vida del agricultor en los altos valles y al pie de los montes costaneros". Ya hemos señalado cómo los Llanos, y más al sur las dilatadas y aún misteriosas extensiones despobladas, no han desempeñado a través de nuestra historia el papel que les ha debido corresponder, pero que le corresponderá, cuando nuestro país cuente con una población más proporcionada. Por otra parte, no podemos dejar de asociar el clima al relieve. Este, es fundamental en los países tropicales en lo que atañe a la temperatura. Además, influye en la incidencia de las precipitaciones, ya que los vientos generales de Venezuela, los alisios del norte, arrastran desde el mar las masas de nubes que entran por las abras que se orientan hacia el interior desde el Litoral, y que van a precipitarse en los valles y sabanas y en las faldas de las montañas. Los autores que han estudiado en nuestro país las relaciones entre la altitud y la temperatura, como Alfredo Jahn y Henry Pittier, al presentar sus respectivas tesis de fajas altitudinales y de pisos bióticos, esclarecen con bastante precisión la relación que existe entre la altura y la vida, entre la temperatura y la fauna y la flora, y lógicamente, entre el poblamiento humano y los anteriores factores.

Puede advertirse al respecto, cómo el primitivo poblador prehispánico prefirió los valles cordilleranos del Norte, para desarrollar su economía y su vida social. Este hecho, no fue único de Venezuela, pues se advertirá que las mayores culturas pre-hispánicas de la América precolombina, se asentaron en las zonas cordilleranas desde el norte de Chile, la Puna boliviano-peruana y los Andes septentrionales de Argentina hasta los altos valles poblados por las diversas naciones que ocupaban lo que hoy es México, Guatemala y algunos otros países de la América Central. Entre nosotros, con excepción de la nación caquetía que pobló valles y sabanas de lo que hoy es el norte del Estado Lara y gran parte del Estado Falcón, los pueblos más avanzados se asentaron en los Andes donde convivían armoniosamente Timotes y Cuicas. De la misma manera, la conquista, que se

inició periféricamente con el poblamiento de Cubagua y Margarita, con los varios intentos de fundación de Cumaná, y con la fundación de Coro, pronto inició el dominio de tierras interiores, todas localizadas al norte, con la única excepción del área de Santo Tomás de Guayana. Ese poblamiento inicial estuvo favorecido, en lo que al occidente respecta, por las expediciones de los Welzer y por las que procedentes de las sabanas de Cundinamarca y de otros sectores neogranadinos, abrieron camino para las primeras fundaciones en la costa, valles y altiplanos centro-occidentales. Dijimos una vez que "debemos recordar que a excepción de las ciudades costeras como Maracaibo, Cumaná, Coro, Barcelona, Puerto Cabello...", las principales ciudades de Venezuela, fueron fundadas en los valles de la Cordillera Septentrional. Varias fueron las localidades fundadas en esos valles en el siglo XVI, y no cabe duda que el conquistador atendió en buena parte a la bondad del clima y de los suelos y a la existencia de aguas corrientes. Las ciudades nacidas en valles de la Cordillera del Norte en el siglo de la Conquista, fueron en orden cronológico: El Tocuyo, 1545; San Felipe, 1551; Nueva Segovia de Barquisimeto, 1552; Valencia, 1555; Trujillo, 1557; Mérida, 1558; San Cristóbal, 1561; Caracas, 1567; Carora, 1569-1572; Altamira, 1576; La Grita, 1576; San Sebastián, 1584; San Antonio del Táchira, 1590; Boconó, 1592; La Victoria, 1593; Mucuchíes, 1596. En el piedemonte llanero-andino, fueron fundadas en 1591, Guanare y Pedraza.

Sin duda que el clima benigno, cálido pero saludable en algunas de esas localidades, condujo a estas fundaciones. Los hallazgos mineros auríferos influyeron asimismo en otras fundaciones, pero sabemos lo aleatorio que fue la riqueza del oro en el período colonial venezolano. Se observará que con excepción de ciertas avanzadas hacia el sur, donde nacieron localidades a orillas de ríos navegables, la vida económica se desarrolló en la faja montañoso-costera septentrional. Aparte de San Fernando de Apure, Upata, Angostura y algunas localidades llaneras no muy distantes del piedemonte, el país comenzó a crecer en el norte. Allí

estaban los grandes cultivos cacaoteros, los fundos cañame-lares, los precarios cultivos de algodón, los de maíz para el abastecimiento interno, el tabaco tan propicio para el co-mercio de extranjería. A excepción de los Altos Llanos de Cojedes, Barinas y más tarde Calabozo, Barcelona y Maturín, la única localidad importante que se desarrollaba en el fondo de los Llanos, era San Fernando de Apure. Angostura cobraba importancia por su localización estratégica sobre el Orinoco, hasta donde llegaban embarcaciones que procedían del Alto Llano, y además porque por allí pasaban las mercaderías que desde el exterior, iban con destino a ese mismo Llano. Por otra parte, más al sur, estaban las llanuras del Caroní diestramente desarrolladas por los misioneros católicos. Las ciudades que surgían y prosperaban en la costa, como Maracaibo, Coro, Puerto Cabello, La Guaira, Barcelona, Cumaná, Porlamar, Pampatar, lo debían al factor localización. Allí la estrategia geográfica ha sido un factor determinante de primer orden. Por Cumaná salía el añil, el tabaco, el azúcar, las frutas, el ron, producidos en los valles de Caripe y del Manzanares; Barcelona era el primer puerto del Oriente; La Guaira y Puerto Cabello eran los puertos del centro y centro-occidente. Maracaibo dominaba sin grandes variaciones el mismo **hinterland** de hoy, siendo la ruta de la producción andina, y de los cordobanes, dividive y artesanía de Carora y Curarigua.

El paisaje natural de Venezuela ha experimentado una transformación que más bien habría que calificar de lenta, desde el proceso de la Conquista y la Colonia, hasta el presente. Pero ese proceso, se hace visible, fundamentalmente, sólo en el norte del país, en la varias veces mencionada Unidad Costa-Montaña del Norte. Las transformaciones del paisaje en una gran extensión de los Llanos, y en la Guayana, que es la mitad del país, sólo alcanza limitadas proporciones. Hasta hoy ha ido surgiendo el paisaje económico en una forma dinámica, en zonas vecinas al litoral septentrional, en los valles y pequeñas mesetas de las tres cordilleras que corren paralelas al litoral, y en el piedemonte Llanero-Andino. Muchas extensiones llaneras donde

se hizo presente el paisaje económico, retornaron a paisaje natural. Varios de los factores que determinaron esa realidad, los hemos señalado. Aquel panorama de prosperidad, podemos contemplarlo en las narraciones y descripciones de viajeros europeos como las de Karl Ferdinand Appun acerca de los llanos de Cojedes, donde entre otros aspectos, se señala la activa función que los ríos cumplían como vías de comunicación. Sin embargo, pese a nuestra tradición fluvial, la navegación y navegabilidad de tantos ríos llaneros y guayaneses, el Orinoco no ha podido ser hasta hoy un factor de penetración y de colonización hacia el extremo sur del país.

Cuando, tras los planes frustrados del siglo XIX de construir para Venezuela una red ferroviaria articulada, se comenzó a partir de 1920 a pensar en un plan carretero que culminó con la construcción de la Trasandina que permitió unir a Caracas con la frontera con Colombia en San Antonio del Táchira, no se planificó enlazar el norte, al menos con los Llanos, con una obra de ingeniería vial como la citada, que implicó el vencimiento de grandes obstáculos, si se piensa en los recursos técnicos y económicos de que se disponía para la época. Las derivaciones de esa vía apenas llegaron a la puerta de los Llanos Centrales por San Juan de los Morros, y a la puerta de los Llanos Occidentales, por Acarigua. Pero recordemos que para viajar por esa vía en el tramo Valencia-San Carlos-Acarigua-Barquisimeto, había que vadear la mayoría de los ríos, pues se carecía de puentes. Concretamente, los Llanos continuaron aislados dentro de los proyectos de vialidad de la época que nos ocupa.

A partir de 1936, se han conjugado diversos factores que han ido transformando la fisonomía de zonas antes reducidas a una condición marginal. Hecho cumplido de trascendente significación, ha sido el saneamiento. Los hombres que como Arnoldo Gabaldón, Antonio Briceño Rossi, Arturo Luis Berti, Elías Benarroch, Francisco Torrealba, Juan Iturbe, Arreaza Guzmán, hasta el más modesto fumi-

gador entre los riscos de nuestras cordilleras o los letales pantanos de las zonas aisladas, son héroes legítimos de una nueva Venezuela. Al lado del dominio de la salud pública, ha estado la expansión de la industria petrolera, llegada a los Llanos, primero en el Oriente, y luego al Centro y al Occidente; ello, comenzó a influir poderosamente en el desarrollo y poblamiento. La aparición del petróleo en los Llanos del Oriente, estimuló la apertura de carreteras. Desde entonces, la vía para venir desde allí al Centro de la República, no fue sólo la del mar, más tarde la del aire, sino la del pavimento asfáltico.

El saneamiento provocó una permanente migración desde las tierras altas hasta las tierras bajas, lo cual fue asimismo estimulado por las exploraciones y subsecuentes explotaciones petroleras. Pero sin duda uno de los factores que más ha estimulado el cambio de fisonomía del paisaje, ha sido la realización de proyectos de riego y de planes agrarios. En el estudio "La Colonización Agraria en Venezuela, 1830-1957", publicado por el MAC en 1959, se advierte cómo el Alto Llano ha merecido especial atención en las últimas décadas. El desarrollo del cultivo del arroz, maíz, oleaginosas y otros; las obras de riego de San Carlos, Turén y el Guárico; los nuevos proyectos como los de Las Majaguas, Boconó-Masparro y Caño Mánamo; obras de vialidad como la Carretera Occidental de los Llanos que vincula el alto llano de Occidente con el Táchira a lo largo del piedemonte y las carreteras que cruzando los Llanos Centrales y Orientales alcanzan hasta el Apure, el Orinoco y el Delta y por accidente hasta el Arauca, constituyen poderosísimos factores de incorporación a la economía, a la vida social y cultural, de sectores casi completamente marginados. Se tecnifica la ganadería, se mejoran los pastos, se introducen nuevas técnicas agrícolas, se convierten en zonas de cultivo lo que antes era sólo símbolo de soledad, se están explotando racionalmente algunas de nuestras selvas, pero, se nos aparece un interrogante. ¿Cómo y con qué poblaremos esos territorios que tratamos de incorporar a la vida activa del país? No podremos enviar allá a esos

mocetones fornidos que por las calles de Caracas venden billetes de lotería o quincallería barata, porque al parecer, sólo eso saben hacer. Ya está muy remota y definitivamente cancelada aquella pintoresca y dolorosa época venezolana en que el viajero Anton Goering se admirara de que personajes que no sabían leer, "ni tenían idea del alfabeto", se hiciesen llamar "generales".

Es verdad que en las zonas septentrionales, existen sectores de elevada densidad de población. Sobre todo la cuenca del Guaire, que comprende fundamentalmente el Area Metropolitana de Caracas, aloja cerca de dos millones de personas. De esos dos millones, un porcentaje elevado, lleva una vida de precarias condiciones sociales y económicas. No pocos adultos de este sector de la población, constituyen un cuociente parasitario, mientras que el contingente infantil, en proporción no pequeña, está integrado por grupos menores sin escuela, en condiciones infrahumanas, azotando con su vagancia a la otra parte de la población. Esos niños son, en su casi totalidad, hijos de madres solteras, cuya paternidad, a veces les es completamente desconocida. Alguna vez, la madre de estos niños ha llegado a afirmar que el padre de su hijo es un disfraz, como única identificación. Creemos que una tarea tan importante como la política de vivienda, de vialidad, de tecnificación agro-pecuaria y en otros órdenes, de diversificación de la enseñanza universitaria, de mejoramiento asistencial y hospitalario, de electrificación, de incremento industrial, de nacionalización lenta pero progresiva de la industria petrolera, está en la educación de este elevado porcentaje de menores sin escuela, sin rumbo, sin orientación, de oscuras perspectivas. Recordemos que si la Universidad y los Politécnicos están formando los dirigentes especializados y calificados para la transformación del país, esos menores a la deriva forman parte fundamental de la infraestructura social de una nación y ellos deben tener a su cargo un papel primordial en la labor de aprovechamiento integral del territorio nacional que aquí tratamos de sugerir.

La multiplicación de internados para acoger allí a los menores desamparados o casi desamparados y prepararlos moral y técnicamente, para brindarles una profesión, es una de las obras de mayor trascendencia que se puede cumplir en el plano oficial, con un doble resultado: evitar la proliferación de nuevos delincuentes y dotar al país de un personal capacitado para enfrentar las tareas de tecnificación a mediano y largo plazo. Debemos recordar las cifras demográficas venezolanas, donde el porcentaje de la población menor, de 0-14 años, según el censo de 1961, es del 44,80% de la población total del país. De acuerdo con el cuadro publicado por el Dr. Luis Alejandro Angulo Arvelo en su obra "Esquemas de Demografía Médica", la población menor de veinte años según el censo de 1961, se descompone así:

Edades	Varones	Hembras
0-4	684.394	656.505
5-9	581.525	550.975
10-14	456.025	441.300
15-19	350.875	359.600

Teníamos así, para 1961, sobre 7.523.999 habitantes, más de cuatro millones de menores de veinte años, cifra que ha aumentado considerablemente para 1968, cuando casi cerrada la inmigración, Venezuela aumenta su población a base del incremento vegetativo, con una tasa elevada, que hace posible alcancemos al finalizar el referido año, diez millones de habitantes. Pero si somos un país joven, que incorpora anualmente a la oferta de mano de obra cerca de 100.000 personas, justamente en esa juventud debemos cifrar en buena parte las esperanzas de un futuro optimista para nuestro país. Con esa infancia y esa juventud debidamente modeladas, con la recta aplicación de los elevados ingresos fiscales, con el aprovechamiento racional de nuestras inmensas fuentes de recursos naturales, podría lograrse un mejor equilibrio en la distribución de la población al crear polos de interés económico en lugares cuya localización, se favorecería con la construcción de modernas vías

de comunicación que las vincularan con los mercados interiores o con los puertos de embarque. Podemos advertir cómo cada vez que se crea un nuevo centro industrial, cada vez que se planifica y realiza una nueva obra agrícola o pecuaria, o de industrias derivadas de la agricultura o de la ganadería, se incrementa allí el poblamiento. Una vez asentamos que "en Venezuela la población llega, hasta donde llegan las vías de comunicación", y cuando a lo largo de esas vías se crean centros de producción en cualquier aspecto, el poblamiento se hace mayor. Y en eso, debemos pensar cuando hablamos de la transformación económica y consecuente poblamiento del sur del país. El ejemplo más categórico lo tenemos, repetimos, en Ciudad Guayana, la localidad venezolana que en menor plazo, ha alcanzado un crecimiento más acelerado de su población. En la faja septentrional del país a la que tantas veces hemos hecho alusión, se han advertido poblamientos veloces en lapsos breves, con la fundación de nuevas empresas. Tales serían los casos de Chivacoa, que vió multiplicar el número de sus habitantes con la instalación del Central Matilde; de Morón, con la creación de la industria petroquímica. El caso de Acarigua-Araure es concluyente, ya que ambas localidades unidas, constituyen hoy uno de los centros urbanos de significación en el país.

Pero hay que ir un poco más al sur, a un sur distante, y pensar en lo que algunos han llamado la Venezuela del Futuro o la Venezuela de la esperanza. Se trata de las tierras que están al sur del curso del Orinoco, incluyendo en ellas un sector del Territorio Federal Delta Amacuro, todo el Estado Bolívar y todo el Territorio Federal Amazonas. Todo ello totaliza 413.000 km². De acuerdo con el censo oficial de 1941, ese territorio que es casi la mitad de Venezuela y mayor que numerosos países, apenas si tenía un cuarto de habitante por Km². Y si se considera que esa población, en su mayor parte, habita en el área que se extiende desde Ciudad Bolívar hasta Ciudad Guayana, y desde allí hasta Tumeremo. ¿Qué queda para el resto de

ese vasto territorio habitado apenas en los puertos fluviales a orillas del Orinoco y del Río Negro?

Nuestro país habría podido iniciar en las últimas décadas aunque sólo hubiese sido una tímida acción colonizadora, previa la construcción de algunas carreteras de penetración. Carreteras que crucen el territorio hasta alcanzar las fronteras internacionales por el sur. La única emprendida, desde El Dorado hasta Santa Elena de Uairén, no ha sido concluída, aun cuando sabemos que trabajan en ella activamente equipos de ingeniería militar. Se enlazará asimismo en breve El Dorado con el área inmediata a la isla de Anacoco. Pero a su vez, mientras se abren las vías terrestres hacia la zona ecuatorial, están los ríos que descienden desde el sur y que son navegables en buena parte de su recorrido. Si bien se advierte una migración acelerada hacia la zona de Ciudad Guayana, donde la transformación del mineral de hierro y las obras hidráulicas del Caroní son centros de oferta de mano de obra, la desolación sigue igual en casi todo el resto del territorio de Guayana. La proyección de la población del Estado Bolívar para 1970, se estima en 342.850 habitantes, pero es lógico suponer que ese incremento demográfico se registrará básicamente en las zonas de Matanzas y de Guri, y fuera de esos sectores industriales, en Ciudad Bolívar. Nadie o casi nadie irá a poblar y explotar las riberas del Caura, del Aro o del Cuchivero. Para 1961, según los datos del censo oficial, la densidad demográfica del Territorio Federal Amazonas, fue de 0,1. Añadamos que la del Estado Apure fue de 1,5, la del Estado Bolívar de 0,9 y la del Territorio Federal Amacuro de 0,8. Para el Estado Apure, la población está localizada fundamentalmente en San Fernando y en algunas localidades menores como Guasqualito, Achaguas y El Amparo. Cabe esperar que la carretera desde Santo Domingo hacia Guasqualito y El Amparo, desplazará hacia allí, como ya está ocurriendo, cierto contingente de pobladores procedentes del Táchira y seguramente de Colombia.

Justamente en lo que acabamos de expresar, se nos presenta uno de los grandes dramas venezolanos. ¿Cómo

poblar y transformar esas solitarias y vastas extensiones? Se es pesimista acerca de la calidad de los suelos arcaicos de esas porciones meridionales del país. Es muy posible que cuando se haga un estudio de los valles de los ríos que directa o indirectamente desembocan en el Orinoco y tienen su nacimiento en las sierras guyanesas, se pueda establecer que son zonas aptas para la agricultura. Podrá establecerse cuáles ofrecen posibilidades para la siembra de gramíneas, para así desarrollar la economía ganadera con carácter integral. Ya se conoce por experiencias realizadas en suelos de similar estructura en zonas ecuatoriales, que la capa vegetal, en apariencias rica de sectores cubiertos por la selva, es de inferior calidad. La exuberancia selvática es producto más que todo de la elevada temperatura, de la humedad y de las precipitaciones casi siempre superiores a los 3.000 mm. anuales. Pero allí, se dispone de otros recursos, además del suelo, en su mayoría no precisados.

De todas maneras, la faja de mineral de hierro que se extiende desde el territorio oriental de Guayana hasta las galeras de Cinaruco, en el Bajo Apure; las posibilidades que ofrecen la bauxita, el manganeso, el oro, los diamantes, el cristal de roca y variados tipos de cuarzo, son presagio de lo que allí se podrá aprovechar mediante una sistematizada colonización. Los saltos del Caroní no son las únicas fuentes para generar energía. Los expedicionarios que nos han dejado escritas sus experiencias del ascenso del Orinoco siguiendo su cauce, nos han hablado, entre otros, del salto Waica, en un sector del curso alto del río. Podemos remitirnos al respecto a los interesantes textos escritos acerca de la expedición por el doctor Pablo Anduze. El Dorado, apreciado con una concepción moderna, podría estar en el poblamiento y aprovechamiento de esos territorios venezolanos, todavía sumidos en el misterio.

Cuando aquilatamos el desarrollo que se hace presente en el Bajo Caroní, pensamos en el resto de Guayana. Así, cuando advertimos las posibilidades de la zona del Cuyuní,

cuando contemplamos los extensos valles del Ventuari seis o siete veces mayores que la cuenca del Tuy, cuando pensamos en las perspectivas de una red de comunicaciones fluviales con el sistema Orinoco-Casiquiare-Río Negro-Amazonas, estableciéndose así un intercambio interno entre Venezuela y Brasil, nos preguntamos cuándo llegarán esas posibilidades a ser algo concreto, algo visible, algo que conduzca a nuestro país al aprovechamiento al menos en una proporción adecuada de sus inmensos recursos. Qué tierras mejores para sembrar el petróleo que las de Guayana. Mas, carecemos de población suficiente, carecemos de recursos de capital a pesar de tener un presupuesto de gastos elevado. Pero sin duda, se está formando en Venezuela una élite profesional, que a medida que crece, podrá considerar las perspectivas que nos ofrece un país rico en posibilidades, pero aún pobre en realidades.

Hace algunos años, estuvo y trabajó en Venezuela un profesional y científico mexicano de gran prestigio. El, nos dejó un excelente estudio sobre la reforma agraria en Venezuela, que en cierta forma, es una disección de la realidad nacional. La dictadura que para los momentos de la aparición del libro gravitaba sobre el país, prohibió su circulación, pero en esa obra, existen grandes fórmulas que hay que tomar en consideración. Ese profesional, que es el ingeniero agrónomo Ramón Fernández y Fernández y con quien tuvimos la honra de compartir la cátedra de Economía y Política Agrarias en la Universidad Central, realizó lo que consideramos el mejor trabajo monográfico regional que se ha llevado a cabo en el país, y que lleva como título el de "Aprovechamiento integral de la cuenca del río Tuy". Fernández y Fernández vió las experiencias memorables del valle del Tennessee, y algo en menor escala proyectó para Venezuela. Nuestro ilustre colega, parafraseando un poco las palabras de Ilin, vio cómo estaba allí un gran río que perdía la libertad bajo la mano del hombre, para permitir a éste vivir en libertad. En Venezuela estamos dominando los ríos, esos "caminos que andan", de que nos habló Alberto Arvelo Torrealba. En el río Tuy, se

está cumpliendo parcialmente el hermoso proyecto del técnico mexicano. Estamos sometiendo en pequeña parte a ese hermoso y poético monstruo fluvial que es el Caroní. Pero como en los casos del Tuy, del Caroní, del Mánamo, donde se está construyendo la Venezuela de las nuevas generaciones, menos romántica pero más real, hay que vencer asimismo las tierras y las aguas vírgenes. ¿Por qué no experimentar más al sur con un proyecto afín al del Tennessee en pequeña escala, en forma parcial, venciendo todos los obstáculos para llevar, al valle del Ventuari, pongamos por caso, o si se quiere más acá, al valle del Caura hasta su confluencia con el Erebató, un proyecto de magnitud, que puede ser realizado, si se quiere en varias décadas, pero que se comience a planificar en la que está próxima a finalizar. Tres décadas lleva el proyecto estadounidense. En esa obra prodigiosa, el hombre ha vencido a la naturaleza: se han contenido las inundaciones, han nacido nuevas ciudades, se han construido redes de comunicaciones fluviales, se ha incrementado la agricultura, han surgido numerosas centrales hidro-eléctricas, se han creado lagos artificiales con numerosos centros de pesquerías, se han instalado cientos de centros de yachting y de pesquerías deportivas. Nos dice David Lilienthal en su obra "El valle del Tennessee, la obra de un pueblo", cómo sólo en 1951, se transportaron novecientos treinta millones de toneladas-kilómetro con una economía de ocho millones de dólares, cómo en los lagos construidos hay miles de barcos de paseo de toda clase, cómo han sido construidos allí más de 250 muelles para las necesidades pesqueras de todo el país, cómo se han incorporado 16.000 kilómetros de costas a los Estados Unidos. Las obras del Tennessee han hecho de esa región la más grande productora de energía eléctrica de ese país. Allí, han trabajado muchos millares de personas pertenecientes a una nación que dispone de innumerables recursos. Pero, con ese ejemplo, ¿no podríamos hacer algo en menor escala, para ir transformando el solitario sur venezolano? Otro, debe ser el destino de ese país desolado, de ese vasto transpaís, que se nos ofrece como

una inmensa promesa, pero que vemos yacer aún en una inacabable espera año tras año.

Humboldt, hace más de siglo y medio, predijo un gran futuro para esos parajes meridionales. Y para esos mismos años, algunos gobernadores progresistas de Guayana —Marmión, Centurión, Inciarte—, abrigaron planes para el desarrollo de su región noreste. En medio de los azares políticos de la patria convulsionada del siglo XIX, Michelena y Rojas pensó en las tierras del Alto Orinoco, del Ventuari y del Casiquiare y pensó asimismo en esos hombres marginales que son los pobladores autóctonos, aun sin la proyección efectiva que es de desear. Pero allí quedan esos parajes que son un gran pedazo de la patria en permanente espera. Quizás no seamos nosotros los que los veamos prosperar con síntomas dinámicos, pero que al menos podamos contemplar su incorporación parcial a la vida económica nacional. Una vez, un venezolano a quien no se quiso escuchar, y cuyo nombre es Manuel Aristeguieta, quien lleva hoy una vida retirada en su residencia de Florida, propuso canalizar una inmigración japonesa hacia el Delta del Orinoco y hacia el Territorio Federal Amazonas. Si mal no recordamos mal, propuso traer unas veinte mil familias de agricultores y de artesanos. Similares a los que han ido a prestar su colaboración en otros países de América, como Perú, Brasil y Estados Unidos. Se consideró arriesgada la empresa, pero si se aprecia cuál ha sido la aportación del migrador japonés a los tres países citados, ya nos imaginamos cómo habrían llevado un hálito de civilización a las tierras que aún esperan todo.

Nos hallamos ante las perspectivas de lo que aportarán las obras de contentación del caño Mánamo, la recuperación de tierras allí y las consiguientes obras de riego, pero, ¿qué se planifica para los territorios que están más al sur? Hace algo más de diez años, se habló de una vía que ascendería el Ventuari y bajaría luego por el Erebató y el Caura hasta el Orinoco; pero todo se quedó en proyecto. Mas, es hora de pensar en el aprovechamiento integral de

Venezuela. No podemos pensar en defender cabalmente nuestras fronteras, si hasta ellas no llevamos la civilización. Vemos cómo los Llanos paulatinamente se repueblan y cómo sus ciudades prosperan, cómo se multiplican sus comunicaciones, cómo se mejora su ganadería, cómo se construyen nuevas obras de riego, cómo se incrementa la agricultura. Pero, hay que ir más allá de los Llanos, hay que ir a los territorios del sur, hay que hacer allí las mismas obras que se adelantan en el norte, hay que llevar hasta allí al hombre, y con él, la técnica y el progreso, hasta alcanzar la frontera de Brasil, de Guyana, de las zonas sur-orientales de los llanos colombianos. Que podamos contemplar en la realidad el mitológico lago Parima construido por los técnicos venezolanos al represar algún río del sur y podamos contemplar los nutridos rebaños paciendo en las llanuras del Casiquiare.

Señoras y señores:

He tratado de presentarles una imagen de Venezuela, vista su realidad con una proyección histórica, y además, con la mirada puesta en el porvenir. Estamos hoy viviendo la etapa de la juventud. A ella pertenecen nuestros hijos y nuestros nietos, y ellos, tienen y tendrán como misión fundamental de su vida, dar al país, sin demagogia, los nuevos rumbos que le corresponden. Ellos, serán los conquistadores de esas tierras que miramos con nostalgia pero a la vez con esperanza. Debemos pensar que entre ellos, están y estarán los técnicos que tienen ante sí la tarea de construir la nueva patria que aún no vemos aflorar. Son ellos, hoy, en su mayoría hombres jóvenes que están entre los veinticinco años y no más de los cuarenta.

Ojalá que estas palabras, hijas de nuestro entrañable amor por lo venezolano y surgidas de la experiencia que nos da más de un cuarto de siglo de contacto con la juventud universitaria, sean un mensaje para quienes comienzan a vivir un nuevo destino.

BIBLIOGRAFIA BASICA

- ANDUZE, Pablo J., "Shalli-Ko, Descubrimiento de las Fuentes del Orinoco", Talleres Gráficos Ilustraciones, Caracas, 1960.
- ANGULO-ARVELO, L. A., "Esquemas de Demografía Médica", Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968.
- BANCO CENTRAL DE VENEZUELA, "Informe Económico", 1966 y 1967.
- BITRON, Aníbal, "Exodo Rural en Venezuela", Unión Panamericana, Washington, 1955.
- COLEGIO DE ECONOMISTAS DE VENEZUELA, "Diagnóstico Económico de Venezuela", Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1964.
- CORPORACION VENEZOLANA DE FOMENTO, "Plan Nacional de Electrificación", Informe Técnico, Electricité de France, Presses de J. & R. Sennac, París, 1960.
- CORPORACION VENEZOLANA DE GUAYANA, "Informe Anual 1966". Sin pie de imprenta, s.f.
- CORPORACION VENEZOLANA DE GUAYANA, "Reconocimiento Agropecuario Forestal del Oriente de la Guayana Venezolana", 5 t., Trabajo realizado por el Consejo de Bienestar Rural en colaboración con el MAC, Edición mimeografiada, Caracas, 1961.
- CHEN, Chi-Yi, "Movimientos Migratorios de Venezuela", Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 1968.
- EICHLER, Arturo, "Nuestro País como Naturaleza y Obra Humana", Talleres Gráficos Universitarios, Mérida, 1961.
- FELS, Edwin, "El Hombre Economizante como Estructurador de la Tierra", Ediciones Omega S. A., Barcelona, 1954.
- FERNANDEZ Y FERNANDEZ, Ramón, "Desarrollo Integral de la Cuenca del Tuy", Corporación Venezolana de Fomento, Caracas, 1949.
- FERNANDEZ Y FERNANDEZ, Ramón, "Reforma Agraria en Venezuela", Tipografía Vargas, Caracas, 1948.
- HUMBOLDT, Alejandro de, "Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente", 5 t., Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial, Caracas, 1941-1942.
- LASSER, Tobías, "Nuestro Destino Frente a Nuestra Naturaleza", Unión Gráfica, Caracas, 1956.
- LILIENTHAL, David E., "El Valle del Tennessee, la Obra de un Pueblo", Editorial Hobbs-Sudamericana, Buenos Aires, 1967.
- LOPEZ, José Eliseo, "La Expansión Demográfica de Venezuela", Universidad de los Andes, Mérida, 1963.

- LUTGENS, Rudolf, "Los Fundamentos Geográficos y los Problemas de la Vida Económica", Ediciones Omega, S. A., Barcelona, 1954.
- LUTGENS, Rudolf, "Los Espacios Productivos de la Economía Mundial", Ediciones Omega S. A., Barcelona, 1954.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA Y CRIA, "La Colonización Agraria en Venezuela 1830-1957", Estudio efectuado por el MAC con la colaboración del IAN, Edición mimeografiada, Caracas, 1959.
- MINISTERIO DE FOMENTO, "Memoria de 1941", Cooperativa de Artes Gráficas, Caracas, 1941.
- MINISTERIO DE OBRAS PUBLICAS, "Plan Nacional de Obras Hidráulicas", Programa 1965-1968, Editorial Arte, Caracas, 1966.
- MONTESINO SAMPERIO, José V., "La Población del Area Metropolitana de Caracas", Corporación Venezolana de Fomento, Caracas, 1958.
- PARRA LEON, Miguel, "La Explosión Demográfica", Biblioteca de Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, Caracas, 1968.
- PERROUX, Francois, "L'Economie des Jeunes Nations", Presses Universitaires de France, Paris, 1962.
- SIEVERS, Wilhelm, "Geografía de Ecuador, Colombia y Venezuela", Editorial Labor, S. A., Barcelona, 1931.
- SISO, Carlos, "La Formación del Pueblo Venezolano", 2 t., Editorial García Enciso, Madrid, 1953.
- SORRE, Max. "Fundamentos Biológicos de la Geografía Humana, Ensayo de una Ecología del Hombre", Editorial Juventud, S. A., Barcelona, 1955.
- SORRE, Max, "Les Fondements de la Géographie Humaine", Tomo II, "Les Fondements Techniques", Librairie Armand Colin, Paris, 1954.
- TAMAYO, Francisco, "Los Llanos de Venezuela", Edición del Instituto Pedagógico, Caracas, 1961.
- USLAR PIETRI, Arturo, "Sumario de Economía Venezolana", Segunda edición, Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1958.
- VANDELLOS Y SOLA, José A., "Discusión sobre la Duración Media de la Vida en Venezuela", Lit. y Tip. Casa de Especialidades, Caracas, 1941.
- VENEGAS FILARDO, Pascual, "Aspectos Geoecónomicos de Venezuela", Ministerio de Relaciones Interiores, Caracas, 1958.
- VENEGAS FILARDO, Pascual, "El Valle del Yaracuy", Edición Separada de la revista "Guardia Nacional", Nº 89, Talleres Gráficos de la Oficina Técnica del Ministerio de la Defensa, Caracas (?), s.f.